

DOMINGO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Éxodo, 24, 3-8): *Haremos lo que manda el Señor.*

Salmo (115, 12-13.15 y 16bc.17-18): *«Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor»*

2ª lectura (Hebreos, 9, 11-15): *Cristo es mediador de una alianza nueva.*

Evangelio (Marcos 14, 12-16.22-26): *Preparadnos allí la cena.*

No se come solo para saciar el hambre, se come para compartir la vida. Cada uno de nosotros debe su vida en más de algún modo a una multitud de personas, con las que hemos “comido” un día sí y otro también a lo largo de nuestra existencia. Jesús conoce a fondo el sentido del alimento. Durante su vida fue comensal y anfitrión, invitó, se dejó invitar y a veces incluso se hizo invitar para sentarse a la mesa o acomodarse sobre la yerba a compartir lo poco o mucho que allí había.

La última cena, no es solo última porque ya no habría más cenas para el Jesús terreno. Es también la última porque la precedieron muchas otras en las que seguramente se estrecharon los lazos de amor y de cariño con los demás comensales, se comentó el sentido de la misión y del Reino anunciado, se alegró el corazón, se fortaleció la esperanza y se habló de la nueva alianza entre Dios y la humanidad.

En esa cena Jesús comparte con sus amigos el pan y la copa, que dejan de ser solo pan y vino para convertirse en Aquel que entrega su vida para generar vida en plenitud. Jesús no quiere que lo recuerden solo por algunas palabras. No pide que solamente sigan teniendo presentes sus enseñanzas o que mantengan vivo su recuerdo. Quiere que lo hagan presente a Él cada vez que se reúnan a compartir el pan. Quiere que lo hagamos presente cada vez que nos reunimos para compartir el alimento con aquellos que amamos

«Esto es mi cuerpo...». El cuerpo es nuestra manera de estar, nuestra única manera de relacionarnos con los demás, es la vida recibida y compartida en lo cotidiano y en lo festivo. *«Esta es mi sangre...»*. La sangre no es solo el líquido que pasa por las venas y arterias, es lo que nos hace vivir. Al hablar del cuerpo y la sangre no alude a partes del ser humano, más bien se refiere a la totalidad del ser humano: su presencia, su vida.

«Así es mi vida», parece decir Jesús en aquella cena de despedida. Mi vida, lo que ven, lo que escuchan, lo que tocan... está a punto de ser destruida. Pero no terminará como un infeliz accidente, pues el sentido de toda ella ha sido y sigue siendo el de *«entregar esta vida para que todos los demás tengan vida»*.

Y, sin embargo, la última cena es también una cena única: *«Mi cuerpo entregado, mi sangre derramada...»*. O sea, mi vida en su plenitud, hasta el último suspiro, hasta la última gota..., todo yo para todos vosotros, para cada uno de vosotros y para los demás que se acercarán en los siglos y milenios venideros a encontrarme y a encontrar el verdadero sentido de la vida.

Hoy no hay necesidad de destacar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, pues nadie, en el mundo católico, la niega, pero esta fiesta nos hace contemplar el Misterio de la Eucaristía, contemplar a Cristo presente en la Eucaristía. Contemplamos el Misterio de la Nueva Alianza, Esta Alianza de Dios con los hombres es el tema clave del Antiguo Testamento. En tiempos donde se cuestionaba la presencia real de Cristo en las especies eucarísticas, una monja holandesa, santa Juliana de Cornillon establece una fiesta para venerar a Cristo presente en la Eucaristía en el año 1208. En el año 1264, el papa Urbano IV, la hizo extensiva a toda la Iglesia.

La primera lectura nos recordaba el pacto que establece Dios con su Pueblo por medio de Moisés, un pacto sellado con sangre, una sangre de purificación, sangre de alianza y amor. Pero la segunda lectura de la carta a los Hebreos nos recuerda que *«Cristo, vino como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos»*, no usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

La alianza del Sinaí será el anuncio de la Alianza definitiva que traerá la salvación a la humanidad, en la cena anterior a su muerte, Jesús nos lo recuerda: *«Esta es mi sangre de la Alianza»*. Esta Alianza se convierte en un compromiso de Amor entre Dios y el hombre, compromiso hasta la sangre, una sangre que no es de animales, sino que es la sangre del Dios hecho hombre, la sangre de Cristo que se hace presente en la Eucaristía, es la alianza de amor pues *«nadie tiene mayor amor que el que da la vida»* y Jesús da la vida, da la sangre por todos los hombres para el perdón de los pecados, son las palabras de la consagración que nos recuerdan que el sacramento de nuestra fe es el sacramento del amor de Dios.

Por eso esta alianza es Alianza de amor, cuando como del pan o bebo del cáliz del Señor me lleno de su vida divina, me lleno del amor de Dios, a la vez que me comprometo a responder con el mismo amor. El que come del pan o bebe el cáliz del Señor se capacita para amar. Y esta alianza es también un canto de esperanza, los que nos sentamos hoy a la mesa del banquete eucarístico anticipamos el banquete del Reino de los cielos, por eso dirá san Ignacio de Antioquía que la Eucaristía es la *«medicina de la inmortalidad»*.

Por eso este día es el *«Día de Caridad»*, el día del amor, amor que crea comunidad y fraternidad, amor que es servicio, entrega, solidaridad. El que comulga tiene que estar dispuesto a lavar los pies, levantar al caído, compartir los bienes y luchar contra la opresión.